



Alfredo Ramos Martínez Y LA TRAIICION DEL RECUERDO

Por Margarita Nieto

(Primera Parte)

Entre las innumerables muestras de arte mexicano que se organizarán durante los próximos dos meses en la ciudad, la retrospectiva del maestro, Alfredo Ramos Martínez, en las Galerías Louis Stern de Beverly Hills, tiene un interés particular porque Alfredo Ramos Martínez es uno de los pocos pintores mexicanos cuyas circunstancias lo conducen a iniciar dos carreras: una en México y otra en los Estados Unidos.

Durante una vida que se divide en dos etapas distintas, Ramos Martínez, como Max Ernst o Marcel Duchamp, vive las consecuencias de su emigración, empieza una nueva época con su cambio de lugar y también sufre las consecuencias de su mudanza con el abandono en que lo tiene la historia. Porque a pesar de ser uno de los iniciadores de la modernidad en la pintura mexicana y de ejercer más tarde, una gran influencia sobre

pintores en el sur de California, Alfredo Ramos Martínez ha quedado desde hace años en la sombra de los que fueron sus discípulos.

Nace Ramos Martínez en Monterrey, Nuevo León el año 1872. Dotado desde niño, ingresa sus estudios de arte en la Academia de San Carlos en 1884 y al finalizar sus estudios, lo patrocina la millonaria americana, la señora Phoebe Hearst, dándole el pasaje y una mensualidad para estudiar en París.

De sus años en Europa, se sabe poco, pero el año 1906, gana un premio en el Salón d'Autumne, lo cual le permite independizarse económicamente. En esos años, tiene también una estrecha amistad con el maestro Rubén Darío y viajan juntos a Mallorca.

Regresa a México en 1910, en las vísperas de la Revolución, uniéndose a las demandas de los artistas para la renovación del arte mexicano. Pero no es hasta 1913, bajo la presidencia de Victoriano Huerta, y accediendo a las peticiones de los estudiantes de la Academia para nombrar un nuevo director, que Ramos Mar-

tínez asume ese puesto. Es entonces que inicia su propio plan de reforma, con la primera "Escuela de Pintura al Aire Libre," que establece en Santa Anita Ix-

Lee ALFREDO, 41



A pesar de ser uno de los iniciadores de la modernidad en la pintura mexicana y de ejercer una gran influencia sobre pintores en California, Alfredo Ramos Martínez ha quedado desde hace años en la sombra de los que fueron sus discípulos.



ALFREDO

Viene de la página 1

tapalapa. Entre sus primeros diez alumnos se encuentra un niño talentoso y rebelde que se llama David Alfaro Siqueiros.

Basadas en los principios estéticos de las escuelas parisienas del "Plein Aire," Ramos Martínez proponía romper con las normas y reglas académicas, sacando al alumno fuera del aula a pintar al aire libre. Esta observación de la naturaleza en términos de forma y color estaba en total oposición a aquellos que insistían en que se aprendía a pintar copiando reproducciones de obras clásicas.

Regresó a México en 1910, en las vísperas de la Revolución, uniéndose a las demandas que hacían los artistas para que se renovara el arte mexicano. Pero no es hasta 1913, bajo la presidencia de Victoriano Huerta, que Ramos Martínez aceptó dirigir la Academia estimulado por las peticiones que le hacían sus alumnos. Poco tiempo después fundó la "Escuela de Pintura al Aire Libre..."

Los sucesos políticos entre los años 1914 a 1918 impiden tanto las reformas deseadas como el desarrollo del programa y no es hasta 1920, que Ramos Martínez asume de nuevo el puesto de director de la ahora Escuela Nacional de Bellas Artes debido a la intervención de José Vasconcelos. Durante esta época va a ejercer una influencia enorme, introduciendo la estética impresionista a los jóvenes pintores mexicanos, entre ellos a Rufino Tamayo. Pero deja el puesto para dedicarse totalmente a la Escuela de Pintura al Aire Libre. En la Escuela de Chimalistac, según el historiador Hugo Covantes, estuvieron Fernando Leal, Ramón Alva De la Canal, Gabriel Fernández Ledesma, Mateo Bolaños, Francisco Díaz de León y después, Fermín Revueltas. Después se inauguró la escuela de Coyoacán y fue allí donde el joven artista francés, Jean Charlot animado por el entusiasmo de los amigos de Ramos Martínez, inició la experimentación con el grabado de madera que marca el resurgimiento del grabado en el arte mexicano.

Para 1925, existen cuatro escuelas con 3,000 alumnos. A la Escuela de Coyoacán con parque, alameda y jardines interiores, acudieron, según Díaz de León, "muchachos que venían de los barrios del pueblo, atraídos por reseñas periodísticas y por la generosidad con que se les proporcionaban materiales para que ejecutasen sus trabajos."

Ese mismo año, empiezan a organizarse exposiciones de obra estudiantil. En Los Angeles, durante la Primera Exposición Panamericana en el Museo del Conde, salen premiados tres estudiantes de Ramos Martínez. Al año siguiente, viajó la exposición

a París, Madrid y Berlín como parte de una exposición dedicada a la industria mexicana.

En 1928, Ramos Martínez contrajo matrimonio con María Sodí Romero y ese año, se empezó a crear una nueva estructura para las Bellas Artes en México. Uno de los resultados fue que la Escuela de Pintura al Aire Libre recibieron menos apoyo económico que antes. Ramos Martínez mismo llegó a ser eje de las quejas y envidias de los que lo rodeaban.

En 1929, nació la primera y única niña, María, que sufría de una enfermedad congénita de los huesos. La pareja Ramos Martínez decidió buscar ayuda médica en los Estados Unidos, primero en la clínica Mayo de Rochester, Minnesota, y finalmente en Los Angeles. En 1929, Alfredo Ramos Martínez llega a Los Angeles a iniciar una nueva carrera como pintor y muralista. No ha de regresar otra vez a México hasta 1944. El resultado va a ser que el nombre y figura de Alfredo Ramos Martínez se queda al margen de la historia del arte mexicano de la primera mitad del siglo.

Las razones para ese descuido, nunca divulgadas pueden ser varias. Por su misma edad, Ramos Martínez representa un vínculo con el arte prerrevolucionario, hecho subrayado por su larga estancia en Francia y por su dominio de las técnicas de la Escuela de París. Esto llegó a ser eje de gran crítica, sobre todo en el momento de exaltación nacionalista a fines de los años veinte y durante la década de los treinta. Uno de sus críticos más vocíferos fue José Clemente Orozco que veía en ese acercamiento, una mera imitación de lo francés. Dentro de la estética rígida nacionalista de la Escuela de México, cualquier nota o toque extranjero ya era motivo de polémicas y ataques. Hay que recordar que el nacionalismo llegó a tal extremo que años después, se le criticó al maestro Tamayo por lo mismo.

Además, Ramos Martínez gozó del apoyo de Plutarco Elías Calles y aunque también gozaron de ese mismo apoyo otros artistas como Diego Rivera, la situación era otra. Para Rivera, ese apoyo era para él mismo o para sus murales. En el caso de Ramos Martínez, el apoyo era institucional, ya que iba directamente a ayudar al mantenimiento de las escuelas. Era de cierta manera, más fácil atacar una institución que un personaje con el carisma de un Rivera.

Finalmente, Ramos Martínez sufrió el castigo del exiliado. Al salir de México, corrió la misma suerte que tantos de sus compatriotas; dejó de existir para los mexicanos. Quizás porque el mexicano nunca perdona a aquel que sale de México. Sea eso por un amor dogmático a la patria o por envidia, quién sabe.

Pero con todo eso, es inexplicable el abandono que tuvo la historia con el caso de Alfredo Ramos Martínez. La generosidad de sus enseñanzas, el ánimo que compartió con sus discípulos y su espíritu innovador forman la base de lo que hoy día se define como la Escuela de Pintura Mexicana. Ya es momento de reconocerle como uno de los primeros maestros modernos de la pintura mexicana.